habían labrado entre sus entreabiertos labios un panal durante un sueño de su infancia, y que San Bernardo había bebido la suavidad celeste de su inspiración en los virginales pechos de María, y comprenderéis por qué calificó la posteridad de *Boca de oro* á San Juan Crisóstomo, y veréis la llama de fuego que brotó de entre los labios de Granada en el más patético de sus sermones, y hasta disculparéis que princesas honestas como Margarita de Hungría, atropellando todo respeto, depositen delante de su corte un beso de su boca sobre los labios de Alain Chartier, dormido en un ángulo del claustro de su palacio, recostado sobre uno de sus góticos capiteles.

La importancia que Grecia y Roma concedieron á la elocuencia y que nos atestiguan con sus enormes exigencias y sus menudencias increíbles los diálogos de Platón, de Tácito y de Cicerón, y las retóricas de Aristóteles y de Quintiliano, el poder y la celebridad de Pericles y la fama imperecedera de Cicerón y de Demóstenes; la aureola que esparció sobre la frente del que la manejaba en las disputas de la escuela durante los siglos medios, y que nos confirma la popularidad sin ejemplo de Abelardo; la influencia y prestigio de la oratoria en las sociedades modernas, regidas por asambleas deliberantes, de que tengo ante mis ojos

tan abundantes y vivientes pruebas, demuestran el poder asombroso de la palabra sobre los individuos y naciones, y sobre los destinos de la civilización en todos los ámbitos de la Historia.

Pero donde verdaderamente brilla este poder en todo su esplendor y en toda su eficacia, abarcando por completo al arte, y por tanto, la hombre todo entero, es en la elocuencia por excelencia, en la Oratoria sagrada.

Y aquí tocamos la piedra angular de nuestra argumentación y el punto fundamental de nuestro discurso. En el rápido y somero análisis que hemos hecho de la formación de la palabra, hemos visto surgir la división en dos grandes elementos componentes de la oratoria, que son como las dos alas con que el orador se remonta á las regiones sublimes de lo bello: de una parte la idea, esto es, el conocimiento de la realidad, tanto más perfecta cuanto más ideal, que sólo puede darnos la filosofía; de otra parte el sonido, esto es, la voz, tanto más sonora cuanto más sujeta al ritmo propio de la pasión, de que es eco pasajero y fugaz, y cuyo secreto nos da en sus reglas la retórica. La filosofía y la retórica, pues, son como el alma y el cuerpo de la oratoria, y tanto como sobresale y predomina sobre la materia el espíritu en el organismo humano, tanto debe predomi-

nar y sobresalir la filosofía sobre la retórica en la oratoria; pues si el alma separada del cuerpo puede vivir, aunque sea una vida incompleta, el cuerpo sin el alma es un cadáver privado de las iluminaciones del espíritu y del calor y el movimiento de la vida. El orador que sea filósofo solamente, tal vez podrá degenerar en severo y árido escolástico, atento sólo á la precisión del lenguaje y al rigor dialéctico de su argumentación. El orador que desconozca ó desprecie la filosofía, degenerará seguramente en charlatán, dejará de ser *orador*, para convertirse en *retórico*, en la acepción socrática de la palabra.

Y es que la filosofía, ciencia de las causas, no sólo nos da el conocimiento racional de Dios, del hombre y del mundo, y nos enseña el arte del discurso en su lógica y la naturaleza del lenguaje en su gramática general y hasta las mismas reglas de la retórica, sino que, elevando el corazón y la mente del orador con el temple que da su estudio, comunica á su vista la fuerza del águila caudal, para fijar su pupila en el foco mismo del sol, y da impulso poderoso á su genio, para colocarse de un salto en la cumbre de todas las cuestiones; y mientras el orador retórico revolotea como mariposa fugaz de flor en flor por entre los arbustos de un jardín, el orador filósofo se remonta

á las nubes, contempla en su misma fuente la luz, y se cierne como el condor sobre las cimas excelsas de los Andes.

Así lo reconoció la antigüedad por boca de sus más afamados filósofos y oradores. Todas las teorías que sobre este punto explanó Platón en sus Diálogos inmortales, se reducen á que, siendo ideas innatas en la humanidad lo bueno, lo verdadero y lo bello, el orador debe conocerlo como filósofo y practicarlo como justo, á menos de convertir su arte en una rutina miserable, en una baja adulación de las pasiones rastreras de la multitud envilecida, arte, dice el filósofo, que sea, respecto de la verdadera elocuencia, lo que el arte *Opsonica* respecto de la medicina, lo que la cosmética respecto de la gimnástica, y lo que la sofística respecto de la filosofía; engañosa ficción y perjudicial apariencia, tan distante del arte divino de la oratoria, que le obligó á afirmar por boca de la razón, simbolizada para él en Sócrates, que sólo puede ser perfecto orador el perfecto filósofo. Y lo que acerca de lo mismo dijo Cicerón, ¿quién sería capaz de compendiarlo? Es verdad que á primera vista parece que coloca la oratoria sobre la filosofía; pero es que para él el orador tiene que poseer la ciencia del filósofo, al paso que entre las dotes del filósofo no halla de rigor la elocuencia. Por

eso protesta contra semejante separación, y otorgando la palma al orador que conoce la filosofía, consiente en que se le bautice con el nombre sintético de filósofo. Por eso aseguró, en sus tratados acerca del orador, que *sin la filosofía nadie puede ser elocuente*, no sólo porque nada puede saberse «de la vida, de los deberes, de la virtud y de las costumbres, sin un gran estudio de la filosofía,» sino «porque sin esta ciencia, como añade en otro lugar, nada de lo que pertenece á la Religión, á la muerte, á la sociedad, al amor de la patria, á las virtudes, á las obligaciones, al dolor, al deleite, á las pasiones y afectos del alma, puede tratarse con majestad, amplitud y riqueza;» lo que repetidas veces nos confirma con el ejemplo de los más renombrados oradores, que no hicieron consistir la elocuencia «en el ruido y torrente de las palabras,» ni habían aprendido la oratoria en «los gritos de ningún hablador que midiese el tiempo por la clepsidra,» sino en el estudio de los más afamados filósofos de la antigüedad, como Pericles en el de Anaxágoras, Demóstenes en el de Platón, Isócrates en el de Sócrates, y con su mismo ejemplo además, pues, como confiesa con humildad orgullosa, no sacó los primores de su elocuencia *de las oficinas de la retórica, sino de los jardines de la Academia.*

No hay duda: el símbolo de esta doctrina nos lo dejó la antigüedad en la alegoría desenvuelta en uno de los diálogos de Platón. Sócrates, reduciendo al silencio por la contradicción á Gorgias, es el triunfo de la filosofía sobre la retórica en las luchas de la elocuencia.

Por eso la retórica, invadiendo los dominios de la filosofía, aspiró á contenerla en su seno, y si puso al lado de la pronunciación de las palabras y de la acción de los movimientos la invención de las razones y la disposición de las pruebas, extendiendo el objeto de la oratoria á convencer, agradar y conmover para persuadir á la acción, el genio superior de San Agustín enlazó con la unidad de su principio la variedad de sus divisiones, en aquella sublime fórmula en que señaló el fin inmediato de la elocuencia: *Ut veritas pateat, ut veritas mulceat, ut veritas moveat.*

¡La verdad! Esto es, la realidad; la verdad objetiva, metafísica y transcendental; la ecuación del ente con su arquetipo, con su ideal, con la palabra creadora de Dios, con el mismo Verbo Divino; aquélla cuya ecuación con el entendimiento produce la verdad subjetiva, lógica y formal, cuya expresión sincera constituye á su vez la verdad moral de la palabra, siendo todas el alma generadora de la elocuencia que, según se desprende de la doctrina de

Platón, de Aristóteles, de Cicerón, de San Agustín y de Santo Tomás, nos atreveremos á definir *como el arte de manifestar por la palabra la belleza de la verdad, para que la voluntad la quiera como su bien.*

Que si Dios, verdad eterna, bondad infinita y belleza absoluta, ha impreso el reflejo de estos tres divinos atributos de su naturaleza divina sobre las propiedades transcendentales de todos los seres, el hombre, centro y cifra de la creación, é imagen de la esencia divina, reconoce en cada sér su grado propio de verdad, de bondad y de belleza; y mientras que con su entendimiento, impresión y participación del entendimiento divino, penetra en la verdad de cada sér, y asciende por su conocimiento á las verdades superiores, en busca del bien que en cada una de ellas disfruta, hasta anegarse en la posesión del Sumo Bien en que descansa, suelta enajenado su voz, presa del delirio que atribuyó la antigüedad al amado de las musas, para expresar con el himno purísimo de su amor la belleza de la verdad que contempla, el deleite que su percepción le produce, y convidar á todos los seres de la creación á embriagarse en el torrente de las celestiales delicias, trepando por la escala de la contemplación, que sube desde los últimos efectos de la tierra á la primera causa de los cielos.

Por eso la Iglesia, que arranca, tanto sus dogmas como sus disciplinas é instituciones, del fondo mismo de la naturaleza de las cosas, cuando instituyó la *Orden religiosa de Predicadores*, esto es, de oradores sagrados, dió por destino y misión á su palabra un fin tan en harmonía con las necesidades de la religión como con las exigencias de la estética. *Contemplata aliis tradere;* y siendo la teología con que informa su discurso el orador sagrado una filosofía revelada, ó mejor, completada con la luz sobrenatural de la revelación; siendo las verdades que enseña y las realidades de que trata la *Suprema Verdad* y el Sér *Realísimo* por esencia, y teniendo su estudio por fin el conocimiento de Aquél que es el ideal eterno de todos los seres, la causa de su bondad, de su verdad y de su belleza, ¡qué no dirían los grandes genios del arte que tanto pregonaron las excelencias de la filosofía moral en la oratoria, de esta otra filosofía divina, que con la antorcha de la fe alumbra el espíritu y el corazón del hombre, y con la mano misma de la razón descorre el velo del santuario!

Sin duda alguna, señores, el genio de Sócrates y de Platón, como el de Cicerón y de Aristóteles, postrados ante los cielos entreabiertos, saludarían enajenados en la *Reina de las ciencias*, á la más pura fuente de inspiración

para la *Reina de las artes*, dándonos con una de sus fórmulas sublimes la ley de la relación entre ambas soberanías.

Ellos nos manifestarían por sobrehumana manera cómo, siendo la belleza para Platón el *esplendor de lo verdadero*, no puede haber belleza superior á la que irradian las verdades eternas, y cómo, si pudo afirmar San Agustín que la hermosura es el *esplendor del orden*, apenas habrá quien pueda resistir los fulgores y rayos que despiden el orden harmonioso de la creación y la admirable economía del plan divino: ellos nos mostrarían, en suma, que si, según San Buenaventura y Santo Tomás, es condición precisa de la belleza concentrar lo vario en lo uno, la posee como nadie en la tierra la ciencia que lo ve todo en Dios; y si es la mayor perfección de esta belleza, según el sentir de Kant y Hegel, ostentar lo infinito en lo finito, nadie podrá superar á quien, con la celeste potencia de su visión, ve clara y distintamente á Dios en todo.

¡Que no fué vana alegoría, por cierto, aquélla en que la inspiración maravillosa del Dante, que informó con la ciencia de Santo Tomás la gigante elocuencia de su poema, nos mostró en la sublime aparición de su *Paraíso* con las formas radiantes de Beatriz

Vestita di color di fiamma viva,

á la teología escolástica, que, separándole ya de la filosofía moral, simbolizada en Virgilio para acompañarle por los tenebrosos antros del dolor, conduce al poeta á través de las moradas celestiales, para inspirar su musa imperecedera con la visión de la esencia divina!

La belleza increada de Dios se refleja en la mirada brillante de Beatriz, que, á medida que asciende por las esferas celestes, se transfigura y resplandece más, tornándose más encendida y luminosa. El poeta baja la vista á veces, deslumbrado por el fulgor de la luz eterna que despiden los ojos de la hermosa aparición que le guía, y ella le explica el brillo de su mirada celestial en el esplendor de las verdades que contempla en la llama viva de amor que la ilumina y que la abrasa, y que nos explana después en sus sublimes tercetos el poeta:

«Si en el fuego de amor te centelleo
Con luz mayor de la que el hombre alcanza,
Y ciega así la de tus ojos veo,

No te asombres: procede esa pujanza
De perfecta visión, que, en cuanto aprende,
Hacia el bien que aprendió, veloz se lanza.

Ya viendo estoy que en tu intelecto prende,
Y en él aquella eterna lumbre luce,
Que siempre amor, con sólo verla enciende.

Que si otra cosa vuestro amor seduce,
Es sólo algún vestigio no bien noto
De esa lumbre eternal que allí trasluce (1).»

No cabe, como veis, señores Académicos, formular mejor mi pensamiento. La Oratoria sagrada vive y se agita en las regiones de lo bello; el brillo que despiden los asuntos de la elocuencia profana son pálidos reflejos de algún rayo perdido de aquella luz.

«..... Vestigio no bien noto
De esa lumbre eternal que allí trasluce.»

Y si las condiciones objetivas de esta oratoria la colocan, como hemos visto, sobre todas las demás elocuencias, sus condiciones subjetivas alcanzan no menor grado de poder y de eficacia.

Sabéis que el mundo del orador, aquél en que, como un Dios, debe dominar á su antojo, se divide en tres partes: el asunto, el orador y el auditorio. Del asunto acabamos de hablar; del orador pocas palabras bastarán para dejar probada nuestra tesis. Porque si es para vosotros innegable que la belleza moral se refleja en la belleza física del orador, y que un hombre que habla es un alma que vibra, porque de la abundancia del corazón habla, á veces hasta á su pesar, la boca, y si la autoridad del orador descansa en la idea de su virtud que le acredita y nos da el testimonio de su sinceridad, ¡qué duda cabe que tenía razón la antigüedad, exigiendo, por boca de Sócrates y de Cicerón, la práctica de la justicia para ser orador, y definiéndole por labios de Catón: *Vir bonus dicendi peritus!*

(1) Hemos preferido para esta cita, un tanto abstrusa, en vez del texto italiano, la correcta é inspirada versión del señor Conde de Cheste.

Y no creáis que los oradores corrompidos que entre las impurezas de la realidad nos muestra tan á menudo la Historia, sean contradicción palpable de este aserto, porque estos oradores, ó sólo merecieron el nombre denigrante de *retóricos*, ó dejaron su corrupción en las gradas mismas de la tribuna. Así nos lo confirma Lamartine cuando, hablándonos de Mirabeau, nos asevera que «si cuando se hallaba al pie de la tribuna era un hombre sin pudor ni virtud, en cuanto subía á ella se convertía en un completo hombre de bien.»

Y si esto no sufre contradicción, por su palpable evidencia, decidme: ¿á dónde habrá belleza, autoridad y crédito mayor? ¿Dónde más garantías de sinceridad que en el orador sagrado, que, poseído de la divina locura de la Cruz, realiza el ideal perfecto del cristiano, abandona todo lo terreno, y se niega á sí mis-

mo para dar testimonio con su vida, y pronto á darlo con su muerte, de la verdad que predica con su palabra?

¿Y por lo que mira al auditorio? ¡Ah, señores! Permitidme que abra mi pecho para dar salida á la convicción que abrigo, por más que parezca una paradoja lanzada al rostro de la realidad, en medio del positivismo práctico reinante.

Yo he visto á la multitud en el templo, agrupada al pie de los altares para oir la voz del enviado del Señor. Yo la he visto acudir allí, no congregada por la pasión, por el interés ni por la consigna, sino por la voz secreta del deber, por las tribulaciones de la vida, cuando más por el aliciente de la curiosidad; allí iba cada cual con su dolor, con su cruz, con sus pasiones más ó menos encadenadas, pero prontas todas á la rebelión y al alzamiento contra la virtud y la razón: también he visto deslizarse por entre la muchedumbre al incrédulo que, mirando con desdeñosa lástima al pecador, se apoyaba impasible contra los pilares del santuario, y cuando el sacerdote, separándose del altar, impregnado todavía de la presencia de Dios, subía á la Cátedra del Espíritu Santo, y con el acento de la caridad, realzado por el aspecto paternal de la ancianidad venerable, en medio del solemne recogi-

miento de los oyentes y del misterio de las sombras que velaban los secretos de su pudor, exclamaba: «Hermanos míos en Jesucristo,» he visto doblegarse todas las cabezas, como á la voz amiga de un padre abandonado que se queja dulcemente de nuestro olvido; y si el orador lo era de verdad, al desarrollar el plan sublime de Dios, su amor solícito por las almas y los misterios de su pasión dolorosa; al desplegar ante los ojos de su auditorio los maravillosos cuadros de la omnipotencia y la misericordia de Dios, del Verbo encarnado pendiente de la Cruz, de la Virgen Madre á sus pies, de la Iglesia luchando en el tiempo para triunfar en la eternidad; al verle llevar con tanta suavidad como firmeza la mano á cada una de las llagas del corazón, para ungirla con el bálsamo de los divinos consuelos; al escuchar sus voces amorosas de pastor llamando al redil á la descarriada oveja, he oído los sollozos crecientes de la multitud, y he sorprendido en los áridos ojos del escéptico la lágrima brotada del corazón, en su rostro, impasible al principio, suceder al mal reprimido disgusto la sombría y reconcentrada reflexión, para dilatarse, finalmente, con los rasgos expansivos de la ternura, y flaqueando sus rodillas al empuje de su emoción vencedora, irse inclinando lentamente, hasta poner su frente en el

polvo y su mano en el corazón, exclamando desde lo más profundo de su alma: «¡Señor, Señor! ¿por qué me has abandonado?»

Que el hombre, alma desterrada en la tierra, peregrino errante por el desierto de la vida, incierto sobre su origen, sobre su naturaleza y sobre su fin, siente en su seno la sed inextinguible de la verdad, busca con avidez la revelación de sus destinos, y después de prestar oído atento á todos los ruidos de la naturaleza que le rodea, después de reconcentrarse en sí mismo, para interrogar el grito interior de su conciencia y de escuchar las grandes voces de la historia, conoce que hay un Dios que le ha creado para su bien, comprende que este Dios no puede haberle dejado abandonado en el mundo á merced de los errores que han de arrastrarle inevitablemente á su mal, y tiende ansioso el oído á toda palabra que resuena con el acento de la inspiración, esperando encontrar el oráculo que le transmita el tesoro de las verdades divinas. La voz del hombre que le habla con la autoridad de su misión, de su inteligencia y de su saber, le subyuga; y si esta voz, al mismo tiempo que le presenta con la verdad el bien, le deslumbra con la espléndida luz de su belleza, enseñándole en todo su ideal la realidad del ente en que se unen, conmueve tan poderosamente

su voluntad con el amor, que, entregándose todo entero á sus mandatos, funde su alma con el alma del orador en el solemne y misterioso abrazo que constituye el soberano triunfo de la elocuencia y el misterio sublime de la palabra.

La historia lo confirma con el testimonio de todos los siglos y regiones y con el ejemplo de las teogonías más diversas. Budha dirige su voz á los hijos de Brah-ma y de Maya, y ante la palabra del «Enviado,» las castas sacerdotales que custodian la verdad sagrada en el misterioso sentido de los Vedas, se estremecen, y el Asia entera abre su corazón á las revelaciones de la nueva doctrina. Confucio enseña su moral en el seno inerte de la inmóvil y petrificada China, y los hijos del Celeste Imperio abrazan las enseñanzas del «Preceptor de todos los siglos.» Zoroastro levanta su voz en la Bactriana, y el luminoso Ormud recibe el homenaje de la adoración por toda la Persia. Pitágoras comunica sus enseñanzas esotéricas en Crotona, y ejerce el influjo de su poder en las colonias más florecientes de la Grecia. Sócrates habla en Atenas, y, enmudecidos los sofistas, se inicia la gran restauración socrática de la filosofía helena, de cuyo seno han de brotar las enseñanzas divinas de Platón y las eternas de Aristóteles, cuya voz escucharán con avidez hasta su consumación los siglos.

Y mientras los Hierofantes, teósofos, videntes y filósofos de la antigüedad conducen á los pueblos gentiles con el báculo de su palabra de un error á otro error, en pos de la eterna luz de la verdad, que reclama imperiosa desde el seno de sus tinieblas el alma, sin satisfacer nunca su conciencia, la voz del enviado de Dios, que resuena sin cesar en la Historia, aquieta y satisface cumplidamente esta sed con la contemplación de aquella sublime realidad, cuya consonancia con nuestro espíritu hace que repose tranquilo en su visión, confirmando aquella profunda sentencia del apologista: *El alma es naturalmente cristiana.*

¡Ah, señores! ¡Quién me diera el harpa de David, la suave lira de León ó los inspirados acentos de Granada, para presentaros el cuadro sublime de esta elocuencia y cantaros las maravillas de la palabra de Dios en la Historia!

¡Cómo deciros los misterios de la revelación primitiva entre las vírgenes grandezas de la creación, en el secreto coloquio del Paraíso, la voz augusta de la tradición resonando bajo las tiendas de los Patriarcas, el acento de la Divinidad entre los truenos y relámpagos del Sinaí, el grito sublime de Josué parando al sol en su carrera, la voz solemne de aquellos Profetas cuyos labios agita Dios en sus éxtasis con su soplo, como si fueran un instrumento ó una

flauta, según la hermosa expresión de un apologista!

Entonces os haría escuchar la *voz clamante en el desierto*, anunciando entre el estrépito y la charla de los múltiples dioses del Olimpo, entre las disputas de los retóricos y sofistas, entre los clamores de fariseos, esenios y saduceos, en medio del silencio profundo de la verdad, la encarnación de la Palabra divina; desplegaría á vuestros ojos los misterios de la sublime Redención del hombre, á esta palabra, que *se hizo carne para conversar con nosotros;* os contaría sus disputas con los doctores de la ley, sus parábolas admirables, cómo se preparó para predicar con el ayuno en el desierto, y cómo rechazó las tentaciones del espíritu de la mentira y del mal, diciéndole: «Escrito está: no de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios;» veríais cómo, al eco potente de aquella voz, se calman las aguas y los vientos, suelta el sepulcro su presa, el demonio sus víctimas, el cuerpo sus dolores, sus pasiones el alma, y cómo, resonando desde la Cátedra de la Cruz, elevada entre la tierra y el cielo, sobre el horizonte de la humanidad, en medio de los tiempos y á la faz de todas las naciones, pronuncia aquella palabra de reconciliación tan prometida y tan esperada, aquella palabra final que ha de es-

tremecer los fundamentos de la tierra, romper el cetro de la muerte, forzar las puertas del infierno, y descoger el ceño airado de Dios: *Consumatum est:* Todo está consumado.

Los Apóstoles, *mensajeros de Cristo*, recogen los ecos de aquella voz que, al ir á perderse en las alturas de la gloria, les da por testamento supremo el encargo de predicarla á todas las gentes; el Espíritu Santo, en forma de ondulantes lenguas de fuego, baja sobre la frente de sus discípulos, y dotados con el don sobrenatural de las lenguas aquellos judíos rudos, groseros é ignorantes, rompen á hablar en todas las lenguas conocidas, predicando la *Buena nueva* á todo el orbe; la Sinagoga, aterrada, mira convertirse á sus hijos á la clara explicación de sus símbolos y figuras y á la palpable realización de sus solemnes profecías; el Areópago siente estremecerse los fundamentos de su religión á la voz inspirada del Apóstol de las gentes, que le anuncia la presencia del Dios ignoto de sus mayores, y Nerón ve vacilar el trono de los Césares á los rudos acentos del Pescador de Galilea, que pone con su última palabra la primera piedra del solio eterno de los Pontífices. El bárbaro, el griego y el judío; el que mora en los suntuosos palacios de la ciudad y el que habita en carros y tiendas movedizas, oyen la palabra de Dios: los cristianos, desconocidos ayer, pueblan las villas, las islas, los castillos, el ejército, el Senado y el Foro; sólo desdeñan ocupar los templos, y San Pablo, asegurándonos á los pocos años de su predicación que «el Evangelio se había predicado á todas las criaturas que había debajo del cielo y que en todas había fructificado,» nos manifiesta el rápido y asombroso cumplimiento del vaticinio de Isaías. «En los confines de la tierra oimos las alabanzas del Justo.»

Los Apóstoles no predican con la elocuencia que dan las letras y la retórica del siglo, sino con la elocuencia de la verdad y la gracia divina: «Tosco en mi lenguaje, mas no en el saber,» «no vine con sublimidad de palabras ni de sabiduría á anunciaros á Jesucristo,» dice San Pablo, «porque yo sólo he creído saber entre vosotros á Jesucristo Crucificado,» «para que vuestra fe no consistiese en sabiduría de hombres, sino en virtud de Dios;» y al eco de esta palabra que, revestida con las preseas del cielo, desdeña las garras de la tierra, la hoguera del sensualismo se apaga, la poligamia se destruye, se derrumban las aras de los ídolos, y la Cruz, ignominioso suplicio del Esclavo, elevada en el Lábaro de los Césares, se enseñorea del universo.

En vano los dioses del paganismo llamarán en su auxilio á los verdugos y á los retóricos;

la lengua de los sofistas se desgarrará, como la de Nicómaco, al declamar contra las verdades divinas, y los mártires, haciendo de cada dolor una palabra, y una tribuna de cada potro, convertirán en catecúmenos á los sayones.

Cuando, abandonando las Catacumbas, los monjes huyan de la civilización pagana al Desierto, esperando la hora en que hagan surgir del seno mismo del Desierto la civilización hija de la Cruz, los arenales del Asia y del Egipto se poblarán de anacoretas penitentes, que, vestidos de hojas de palma y morando en las grietas de las peñas, predicarán, desde lo alto de las columnas olvidadas por el tiempo entre las ruinas, las maravillas de la palabra de Dios á todas las criaturas de la naturaleza que silenciosa los rodea. El árabe ó el sirio que atraviesa errante aquellas vastas soledades, se detiene sobrecogido de admiración, al oir el harmonioso concierto de sus himnos que brotan, en las noches serenas, del fondo de aquellos derruídos templos, habitados de nuevo por los dioses. El filósofo que, aguijoneado por la curiosidad, se internó en el desierto para oir la palabra de estos solitarios, renuncia al aplauso de las escuelas y se alista en las filas de la milicia sagrada. La cortesana que, estimulada por la vanidad y por el oro, se comprometió á seducirlos, desplegando á los

ojos del solitario sus fascinadores atractivos, herida por el rayo de su palabra, deja sus galas por el sayal, y sepultándose viva en una tumba, trueca la hermosura perecedera de su cuerpo mortal por la belleza eterna de su alma. Las ciudades más populosas los ven aparecerse como espectros en medio de sus plazas, escuchan aterradas el formidable tronido de su voz, que confunde á los secuaces de Arrio en la ciudad de los Tolomeos y defiende á Antioquía de los furores de Teodosio, ó miran, como Roma, salir de los arenales de la Frigia al heróico monje Telémaco, para arrojarse entre las espadas de los dos últimos gladiadores de su circo, cerrando con su cadáver, en aquel sublime martirio, el inagotable manantial de sangre que fluía de las arenas del Coliseo.

¡Ah, señores! *¡Multitudinem quis enarrabit!* ¡Quién podrá contar la fuerza y la multitud de los oradores sagrados, desde los apologistas á los Santos Padres, á los Doctores y á los Predicadores, desde San Atanasio á Bossuet, desde San Agustín á Fenelón, desde San Jerónimo á Granada! ¡Quién encerrar en los estrechos límites de un discurso la voz de los monjes de Occidente entonando sus cánticos á Dios en el interior de las selvas, á cuyos ecos acudían mansas las fieras y arrepentidos los